

DOMINGO III – PASCUA (CICLO A)

Hechos 2,14.22-33.	<i>No era posible que la muerte lo retuviera bajo su dominio</i>
Salmo 15.	<i>Señor, me enseñarás el sendero de la vida</i>
1 Pedro 1,17-21.	<i>Os rescataron a precio de la sangre de Cristo, el cordero sin defecto</i>
Lucas, 24,13-35.	<i>Lo reconocieron al partir el pan</i>

COMENTARIO A LAS LECTURAS

Lo reconocieron al partir el pan. Quizás esta sea la clave para entender este evangelio en profundidad. Los discípulos de Emaús, y nosotros con ellos caemos en la cuenta de que es en la eucaristía donde tenemos ese encuentro transformador con Jesús resucitado. El mismo papa Benedicto XVI entendió este evangelio bajo esa clave: “*Este estupendo texto evangélico contiene ya la estructura de la santa Misa*”. (Regina caeli, 6 de abril de 2008). Veámoslo.

Dos discípulos caminando el día primero de la semana. Estos dos pertenecen al grupo de discípulos que con la muerte de Jesús, piensan que todo ha acabado. Iban hablando de estas cosas pero decepcionados y sin esperanza. ¡Cuántas veces nos vamos nosotros así por la vida! ¡Cuántas veces no acudimos así a misa! Quizás por costumbre o por cumplimiento, pero casi considerando que no nos vamos a encontrar nada nuevo. Decepcionados. Apagados. En esto Jesús resucitado les sale al paso en la forma de un desconocido, haciéndose compañero de camino, empieza a hablar con ellos de todas estas cosas. Parece un deambulante más, pero empieza a caldearles el corazón. A veces la comunidad cristiana es así: nos reunimos en misa, rezamos juntos, pero aun no hemos hecho “comunidad”.

Y comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Igual que los de Emaús nosotros leemos y se nos explican las Escrituras en la primera parte de la misa. Se caldea el corazón y quizás hasta encontramos algo nuevo que nos alienta y da esperanza.

¡Quédate con nosotros! Han tomado confianza con el desconocido, lo sienten como cercano y amigo. Ya han abierto el corazón para que Dios actúe. Y le dicen:

¡Quédate!. Nosotros, si en ese momento hemos entendido las Escrituras, también abrimos el corazón a la confianza y a la caridad. Nosotros le decimos: ¡Te rogamos, óyenos! Y ejercemos la caridad con los más necesitados, igual que los de Emaús con el peregrino. Es nuestra forma de decir ¡quédate! Y él entra y se queda a cenar con nosotros en la liturgia Eucarística.

Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición y se lo iba dando. El centro de la Eucaristía. Es el mismo Cristo quien sirve la mesa. Él es el único, sumo y eterno sacerdote, que entregó su vida por nosotros, resucitó y sigue sirviéndonos la mesa de la Eucaristía. Momento sublime de la presencia del Señor que, ahora sí, nos dice que somos sus hermanos, y hermanos entre nosotros. Ahora sí debemos caer en la cuenta de que no somos simples deambulantes, sino peregrinos acompañados para siempre de su misericordia. Somos el pueblo nuevo alimentado con su pan y con su bendición.

A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. ¡Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo! ¡Dichosos los invitados a la cena del Señor! La eucaristía se convierte así en el centro del corazón de la Iglesia y de los cristianos en particular. ¡Es el Señor!. Lo reconocemos, lo adoramos, lo comulgamos... de tal forma que nosotros consumimos su pan, pero es él el que nos asume e introduce en su vida.

Ellos contaron lo que les había pasado por el camino. Vuelven corriendo a Jerusalén. El camino de vuelta es el camino de la alegría por lo que han vivido y descubierto. Son testigos. Son misioneros. Necesitamos esos testigos y misioneros que sepan repartir la alegría de la Pascua en este mundo como los de Emaús. Al final de la misa se nos invita a ir en paz, mejor aún cuando se nos decía “*ite, missa est*” (Id, sois enviados) y es que la alegría de la eucaristía por el encuentro con el Señor puede transformar nuestras vidas.

Emaús es la Iglesia en presencia del Señor en la Eucaristía, una iglesia misionera lanzada al mundo para evangelizar, adorar, y ejercer la caridad con compromiso y alegría. Alegría y testimonio son signos de nuestra fe más auténtica.

SUGERENCIAS PARA REFLEXIONAR Y DIALOGAR

Expón lo que te haya llamado más la atención de las lecturas, después de haberlas leído y reflexionado antes de la reunión.

¿De qué hablamos nosotros en nuestros caminos? ¿Cuáles son nuestras conversaciones y nuestros temas? ¿Caemos en la cuenta de la presencia del Señor en ese camino? ¿Caldea nuestro corazón su Palabra? ¿Vivimos la presencia del Señor en la

Eucaristía? Le pedimos al Señor: Quédate con nosotros porque atardece, nuestra vida a veces va de caída y te necesitamos para elevarla...

PIENSO, REZO Y ESCRIBO MI COMPROMISO PERSONAL
